

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 2 rs.
Trimestre 21.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUeltOS
DEL ECO UN REAL.**ELECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA ILLUSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. 34.

NÚMEROS SUeltOS

de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Martes 18 de Mayo.**El Eco de Cartagena**

De «El Porvenir de la Industria» tomamos el siguiente artículo.

LA MUJER PROLETARIA.

Ardientes admiradores de la mujer, creemos satisfacer un justo tributo diciendo algo sobre aquella que por su posición humilde debiera ser objeto predilecto de los que de tales se precian.

No blasonamos de filósofos, ni aún cuando lo fuéramos pretenderíamos escribir un libro sobre materia tan contravertida. Vamos a apuntar simplemente las reflexiones que su mísera condición mil veces nos ha sugerido. Y nos ocupamos especialmente de la mujer proletaria, no porque la de las otras clases desmerezca a nuestra profunda, aunque modesta consideración, sino por encontrarse esta libre de las necesidades y consiguientes peligros de aquella, por serle más fácil prescindir de quien se atreva a penetrar en el sagrado recinto del hogar doméstico por más que sea con el plausible objeto de descubrir y corregir los defectos que en él encontrara, y porque la mujer proletaria, en fin, es más accesible a nuestro estudio; sus males por lo grandes son más conocidos, y solo bajo este concepto la consideramos más digna de nuestros humildes propósitos.

¿La mujer ha nacido realmente para formar una razón social con el hombre, con todas las ventajas e inconvenientes que la industria y el comercio dan de sí, ó le fué dada simplemente para ser el ángel tiernísimo que a la Providencia plugo repararle para endulzar sus fatigas, facilitarle, enbellecerle la espinosa senda a que su condición moral le condena?

Bien se nos alcanza que el proletario no pueda prescindir en absoluto de los pequeños emolumentos

que pueda proporcionarle su esposa y sus tiernas hijas. Comprendemos el sacrificio, la tortura inmensa que su corazón, naturalmente sensible, sufre al tener que exigir de la madre de sus hijos, de esos pedazos de sí mismo, el pequeño óbolo de su inapreciable afán, y el prematuro fruto de sus pequeñuelos. Lo comprendemos así, y a fé que nos apena sobremedida, al hacer las indicaciones que vamos a permitirnos.

Ciertamente que vamos a decir algo de la mujer proletaria, de su fatal educación, de los males que sufre, de los que le aguardan, y conste que no vamos a atacar al proletario que fatalmente acude a ese extremo; nos referimos directamente a la moda que en los grandes centros se ha establecido, de cargar sobre la mujer el doble peso de sus obligaciones y el de las del hombre. Y digámoslo de una vez, la mujer proletaria en nuestros días no es la esposa amante que espera a su querido compañero, para recompensar con su cariño las fatigas que por ella y sus hijos sufre, la mujer proletaria no es, ni puede ser, la tiernísima madre que vela el inocente sueño de su hijo, que despierta y dirige su dormido espíritu, que le enseña a balbucear los primeros sonidos que enloquecen a las demás mujeres; la mujer proletaria hasta llega muchas veces (horror causa decirlo) a temer su excesiva fecundidad. La mujer proletaria es, pues, un aliado, un socio obligado a exigir y dar cuentas a su otro socio a preparar la explotación anticipada del fruto de sus entrañas. Verdad amarga es esta, pero es una verdad.

Renunciamos por hoy a hablar de la acción que los gobiernos deberían ejercer sobre asunto de tanta trascendencia; de la parsimonia con que el capital y la industria debiera emplear a un ser cuya misión es más elevada, más santa, y cuyo inmoderado uso, si inmediatamente satisface sus exigencias, inmediatamente da origen a la pobreza del proletariado, con cuyo mejoramiento se escudan, y a la inmoralidad de la

clase más numerosa y de más influencia (aunque se la nieguen,) en el porvenir de los pueblos. Más el empobrecimiento y desmoralización de una clase son intereses de conciencia, y sabemos cuán poco pesan en la balanza material. Por eso nos dirigimos al proletario, víctima inconsciente de sus propios extravíos; al proletario, condenado a lamentarse eternamente de lo que es más bien obra suya. Pues que, ¿no consiste en conspirar inocentemente contra su bienestar material? ¿No permite que sus esposas, sus hijas y sus hermanas establezcan una competencia en que irremisiblemente ha de salir perdiendo?

El proletario, al consentir que su esposa tome una parte tan importante como él en la satisfacción de las múltiples necesidades de la familia declara su impotencia para sostener dignamente el rango que como padre y jefe de ella le corresponde; descuida la administración de su casa, encarga la educación de sus hijos a manos mercenarias, y bien sabemos cuanto influyen la una y los otros en su modo de ser, en el porvenir que le aguarda.

Mil veces nos ha sucedido tropezar con dignísimas esposas y madres, por sus sentimientos, por su cariño, pero ineptas, absolutamente ineptas por no saber imprimir la dirección conveniente a esos sentimientos a causa de la educación viciosa que desde niñas recibieron.

A la niña proletaria no se la enseña a hacer calceta ni a zurzir, a remendar siquiera la ropa de casa, a cuidar del menaje, ni a administrar con inteligente previsión los cortos haberes de sus padres. La niña proletaria solo sabe que en tal oficio ganará dos pesetas. en otro cuatro, ocho y así sucesivamente. Solo sabe, pues que ha de ganar dinero, pues sus padres inconscientemente prefieren tener un huésped que pague bien, a tener una hija acendosa, activa é inteligente en cosas que no producen inmediatamente dinero, olvidándose que esas menudencias le cuestan luego algo más caras. La hija del proletario llega hasta hacerse insensible al pudor

que constituyo el don, la prenda más recomendable de la mujer digna.

(Se continuará.)

Correo general.

Madrid 17 de Mayo de 1875

Tafalla, 14.

Hé aquí la explicación de los tiros que vinieron algunos carlistas a dispararlos anteayer por la tarde:

En el pueblo de Ujué tenían preparadas raciones en gran cantidad para las fuerzas enemigas que hay en Lumier; y sabido esto por un jefe de contra-guerrilla, marchó con su fuerza de Olite, llegando en la madrugada de anteayer a Ujué Batida por los contraguerrilleros la zona comprendida entre el campo de Pipirato hasta la muga ó divisoria de Beire y Pitillas, se cogió al enemigo cuanto ganado vacuno tenía en el campo, en cantidad considerable. Reconocido el pueblo y ocupadas cuantas raciones en él había, se procedió a la aprehensión de todo el ayuntamiento y del cura D. Lino Salaverri, cuyo nombre es de recomendar en esta guerra civil. Conducidos los presos a Olite al mediodía y guardados con centinelas de vista, se presentó a reclamar al cura, solo al cura, un carpintero llamado Medinabeitia, respondiendo de él, «pobre inocente.» Contestósele que si se llevaba a todos para que estuvieran mejor, se accedía a su ruego, pero siempre custodiados por la fuerza.

En casa del carpintero pasaron la tarde estos prójimos, que al anochecer eran conducidos aquí a disposición del general en jefe.

—Cuando los carlistas se vieron sin sus ganados y sin raciones y supieron la prisión de sus amigos, se acercaron a Tafalla y se desahogaron, haciendo algunos disparos al aire.

Los periódicos llaman la atención sobre el hecho que consideran digno de grave meditación y estudio de que el «Observatore romano» periódico que el «Siccle» califica de